

Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2024

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia



 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordelia01>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Ignacio Camacho, 2024

Prólogo: © José Luis Garci, 2024

Cubierta: Pedro Arjona, 2024

IBIC: DNJ | Thema: DNP

ISBN: 978-84-19124-84-5

Depósito legal: M-8574-2024

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso de la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Retratos para la Eternidad

OBITUARIOS PERIODÍSTICOS

Ignacio Camacho

Prólogo de José Luis Garci



Índice

Prólogo <i>Descanse en paz</i> , por José Luis Garci	9
Introducción <i>El panteón de papel</i>	15
EL PODER Y LA GLORIA	21
Adolfo Suárez El gigante en la niebla	23
Coraje y honor	29
Isabel II de Inglaterra Humo y espejos	31
Juan Pablo II Camino de perfección	33
Benedicto XVI El filósofo de la fe	37
Julio Anguita El carisma de la coherencia	39
Nelson Mandela Mandelitas de saldo	43
Fidel Castro El comunismo disecado	45
Augusto Pinochet Lecciones chilenas	47
Jorge Videla Expiación	49
Margaret Thatcher El volcán del milenio	51
Hugo Chávez Caudillajes	53
Alfredo Pérez Rubalcaba La razón de Estado	55
Santiago Carrillo La vuelta al espejo	57
Leopoldo Calvo-Sotelo Leopoldo I el Discreto	59
Juan Antonio Samaranch El señor de los anillos	61
Barón Thyssen El coleccionista	63

Emilio Botín El <i>tycoon</i>	67
Jesús Gil La tribu de la guayabera	69
Carmen Chacón Le sobró el corazón	73
Manuel Fraga Iribarne El león remansado	75
Nicolás Redondo Urbieto Un gozne en la Historia	77
Enrique Múgica Herzog El hombre que juró no perdonar	71
Sabino Fernández Campo El hilo del azar	81
Muamar El Gadafi El loco útil	83
Constantino de Grecia Cómo perder una Corona	85
Josep Piqué La derecha imposible	87
Henry Kissinger El caballero oscuro	89
POLVO DE ESTRELLAS	91
Lauren Bacall Betty	93
Katharine Hepburn La mujer sin piernas	95
Liz Taylor La última diosa	99
Paul Newman La mirada indomable	101
Charlton Heston La escopeta de Ben Hur	103
Bernardo Bertolucci La belleza robada	105
Georges Moustaki El vagabundo hedonista	107
Pablo Milanés El éxtasis sereno	109
Leonard Cohen Nobel de la elegancia	111
Teresa Berganza Carmen, la de verdad	113
Alfredo Landa El secreto de sus ojos	115
Salvador Távora La luz del desgarro	117
Luis G. Berlanga El esperpento piadoso	119
Lina Morgan La reina castiza	121
Alberto Cortez Castillos en el aire	123
Carlos Cano Un andaluz tan claro	125

Arturo Fernández Los buenos modales	129
Tomás Aspiazu La leyenda de las sevillanas de Sinatra	131
Cassius Clay / Mohamed Alí <i>Bomayé</i>	133
Pedro Carrasco El marido de la peluquera	135
Alfredo Di Stéfano La piedra filosofal	137
Pelé El poder blando del fútbol	141
Diego Armando Maradona El dios maldito	143
Francisco Gento La galerna del tiempo	145

EL SER Y LA NADA	147
Francisco Umbral Umbrales	149
José Saramago El pesimista utópico	151
Gabriel García Márquez Almendras amargas	153
José Manuel Caballero Bonald La botella vacía	155
Milan Kundera Un tipo raro	157
George Steiner Europa en los cafés	159
John Le Carré La mirada sombría	161
Harper Lee El ruiseñor eterno	163
Umberto Eco Ecos	165
Hans Küng El falso hereje	167
Jorge Semprún El superviviente	169
Javier Marías El «no Nobel»	171
Juan Marsé Un gigante entre enanos	173
Fernando Sánchez Dragó La adrenalina de Fausto	175
Tom Wolfe La comedia humana	177
Julio M. de la Rosa El jersey de Cortázar	179
Rafael Chirbes La escombrera	183
César Alonso de los Ríos Decir España	185
Miguel Delibes Palabra en el tiempo	187

LAS HOJAS MUERTAS	189
David Gistau Imprescindible	191
Manuel Alcántara Manuel de Málaga	193
José Luis Alvite Títulos de crédito	195
Manuel Martín Ferrand El paisaje sonoro de la Transición	197
Manu Leguineche Memoria del trotamundos	199
Jesús Hermida El dandi que vino de Camelot	201
Jesús Quintero El genio de la colina	203
Tico Medina Escolástico	205
Jaime Campmany Tinta en las venas	207
Santiago Castelo Letanía del corazón	211
José Oneto El compromiso del periodismo	213
José Luis Balbín <i>La Clave</i> de la libertad	215
Antonio Fraguas, Forges <i>Forgendros</i>	217
José María Carrascal Aquella mañana en Berlín	219
Guillermo Luca de Tena Un humanista liberal	221
José Luis Gutiérrez Erasmo	223
María Teresa Campos La fuerza del instinto	225
Antonio Burgos Farol de Cruz de Guía	227
Epílogo <i>Memoria</i>	229

Prólogo

Descanse en paz

POR JOSÉ LUIS GARCI

«**M**UERTO CÉSAR», decía Jaime Campmany, «a mí los muertos se me dan como a nadie». Muerto Jaime, es Ignacio Camacho quien ha heredado el título. Jaime obtuvo el Cavia redactando una inolvidable necrológica de César González-Ruano. Me lo ha contado muchas veces Conchita Campmany. Entonces vivían en Roma. Jaime, después de cenar, le dijo a su mujer: «Prepara mucho café, que esta noche voy a ganar el Cavia». Años después, Camacho se hizo con el González-Ruano, y también con el Cavia.

Desde que Zorrilla leyó aquellas palabras —versos— tras la tempranísima muerte de Larra, en el Cementerio de Fuencarral, quedó inaugurado en el columnismo español moderno el fascinante género del Obituario. Lo malo de esta prestigiosa modalidad periodística, es que sus protagonistas nunca lo leen, salvo excepciones, siempre producto de la precipitación, de los errores que llegan a la Redacción, y porque la mayoría de esos párrafos se escriben con antelación.

Desde Larra y Zorrilla, el anillo de campeón, más brillante que el del Nibelungo o el de la NBA, ha ido pasando, primero, de mano en mano, luego de Underwoods en Underwoods y, finalmente, de ordenador en ordenador. Que

yo recuerde ahora, se lo apropiaron genios como Camba, Pemán, César, Alcántara, Umbral, Raúl del Pozo... hasta Ignacio Camacho, el actual poseedor del cinturón.

Ignacio nos ha enseñado que el obituario que te pilla de improviso, con la guardia baja, no hay que pensarlo en exceso, ni recurrir a la memoria, ni menos aún al pasado, pero sí tienes, en cambio, que elegir unas pocas palabras que parezcan agua destilada, y, sobre todo, que en estas ocasiones tan especiales hay que *construir* el artículo con el corazón más que con el oficio. La maestría de Ignacio consigue que creas que sus elegías han sido escritas para la voz de Orson Welles, y también que tengan mucho que ver con John Ford y los *westerns*, con aquellas despedidas íntimas en los descampados junto a las carretas de la caravana.

Igual que ocurría con todos los grandes, la prosa de Camacho está bendecida por esa luz convaleciente de *El tercer hombre*, un fulgor que alumbraba el texto por fuera y por dentro, exacto al fuego pálido que se desparrama en las Iglesias vacías las mañanas de otoño. Ni fuego fatuo ni fuego de San Telmo. Los muertos hay que iluminarlos, hay que escribirlos, como los boleros, con el alma sobre la mesa y ojos de recuerdo. Cuando terminas de leer los adioses de mi amigo Ignacio, no tienes ganas de hacer ningún comentario. Te montas en el caballo como Wayne y guías los carromatos hacia el horizonte misterioso.

Casi todas las necrológicas transmiten la impresión de que han sido escritas de madrugada y sientes que las oraciones buscan una conexión con el cuento gótico, Poe, Bécquer, Stoker... Las de Ignacio son todo lo contrario. Más que dar sus condolencias, Camacho hace una alegre visita al difunto, y comparte con él, no en el tanatorio sino en el *living*, un Jameson o un *dry martini*, y, ya en *off*, una charla animosa, nada fúnebre, que termina con un apretón de manos. De verdad, leerle tranquiliza hasta a los más aprensivos.

Lo que quiero decir es que este *Libro de los Muertos* que saca Jesús Egido en su Reino de Cordelia, que esta antología de textos *in-mortales*, bañada en el resplandor del Nilo, es un emocionante y muy útil regalo que nos ofrece Ignacio, algo así como ponerte a ver *La muerte de vacaciones*, la que dirigió Leisen en 1934. Devoción de la buena llamo yo a los pésames de mi amigo.

Naturalmente, termino de garabatear este pequeño preludio la noche de Halloween, antes, cuando yo iba al colegio, la de Todos los Santos, el uno de noviembre, cuando se ponía *el Tenorio*, precisamente de Zorrilla, una obra maestra a la altura de las de Shakespeare, y donde, si os acordáis, la muerte tenía un precio.

J. L. GARCÍ



Cuando termine la muerte,
si dicen «a levantarse»
a mí que no me despierten.

(Manuel Alcántara *in memoriam*)

Introducción

El panteón de papel

«Manifiestos, escritos, comentarios, discursos,
humaredas perdidas, neblinas estampadas;
qué dolor de papeles que ha de barrer el viento,
qué tristeza de tinta que ha de borrar el agua».

RAFAEL ALBERTI
Nocturno

REZA UNA CÉLEBRE frase de Chesterton que el periodismo consiste en contar que Mr. Jones ha muerto a gente que no sabía que Mr. Jones estaba vivo. La debió de escribir pensando en alguna de las necrológicas de la prensa anglosajona, donde el género constituye una tradición centenaria relacionada a menudo con el periodismo de proximidad, siempre atento a los decesos de figuras locales que suelen quedar al margen de las noticias sobre celebridades. En Gran Bretaña y, sobre todo en Estados Unidos, la necrológica es una sección extensa de los diarios que abarca a personajes de toda clase cuya existencia, en efecto, pasa inadvertida a la mayoría de los lectores... hasta el momento de su muerte en que algún periódico considera oportuno o interesante dedicarle una suerte de biografía póstuma, una pieza-resumen de su paso por esta vida y su mayor o menor impacto en su comunidad de conciudadanos. El modelo anglosajón, vinculado a la costumbre de los elogios fúnebres orales, combina o alterna muchos tonos y perspectivas: el humor, la sobriedad narrativa, los datos, la distancia moral, la ironía, los ángulos oblicuos, siempre basculando entre una cierta chispa de elocuencia y el imprescindible relato objetivo. Sin

llegar, claro está, ni pretenderlo, a la retorcida brillantez retórica del Marco Antonio de Shakespeare ante el cadáver de Julio César, obra maestra y genial de la manipulación de masas, paradigma universal de la demagogia populista.

En *The New York Times*, la vieja dama gris de la prensa estadounidense, creó escuela —y sección— Alden Whitman, cuyo talento era capaz de convertir los retratos funerarios en magistrales miniaturas ensayísticas. Gay Talese, que llamaba a Whitman «míster Malas Noticias», tiene escrito que nunca fue más feliz que cuando sus jefes quisieron relegarlo a esta clase de encargos, con los que disfrutaba ejercitando su fabuloso músculo literario. El éxito de esta modalidad en USA es tal que existe allí incluso una Sociedad Profesional de Escritores de Obituarios (SPOW), presidida por el jefe de la sección correspondiente del *Washington Post*, que no es cualquier cosa, e integrada por una variopinta colección de plumíferos que abarca desde publicistas, novelistas o columnistas hasta humildes trabajadores del servicio funerario. Su reunión anual entrega unos premios trufados de grajejo macabro. El citado presidente, Adam Bernstein, responsable de un amplio departamento con varias decenas de redactores y colaboradores externos, confesaba en 2022 al periodista de *El confidencial* Héctor G. Barnés que el *Post* guarda de forma habitual más de ochocientas necrológicas anticipadas —una «nevera» en el argot— sobre las que siempre revolotea la morbosa posibilidad de que sus protagonistas sobrevivan a sus autores.

No hay periódico con un mínimo de organización que no disponga de la correspondiente previsión de reserva, a veces incluso ya puesta en página —«emplana»— a falta de los datos de la defunción. Pereira, el personaje ficticio de Antonio Tabucchi, dedica buena parte de su rutina profesional en la Lisboa de Salazar a elaborar con su amigo Monteiro Rossi estas notas mortuorias preventivas, que se acaban convirtiendo en arriesgados alegatos antifascistas. Borges llegó a adelantar su propio obituario, y son numerosas las personalidades que han visto publicado el suyo por causa de la precipitación o la ausencia de verificación de noticias falsas —*fakes*— divulgadas en las redes sociales. Una plaga del periodismo contemporáneo: la pérdida del deber de comprobación y contraste.

El obituario de prensa, cuyo origen se remonta a 1731 en *The Gentleman Magazine*, es paradójicamente el género periodístico de vida más larga, o al

menos de mayor permanencia. Las crónicas, los reportajes, los artículos de opinión sobre política, economía, deportes o acontecimientos sociales envejecen muy rápido; el vértigo de la actualidad los convierte casi de inmediato en material desechable, preterido, caducado. En cambio, el retrato póstumo queda como una especie de cuadro fijado en la pared del tiempo. De la Historia, podríamos decir algo presuntuosamente, si es que es posible seguir considerando como fuente documental a un periodismo cada vez menos respetuoso con las esenciales reglas epistémicas del oficio. Lo que sí constituye, en cualquier caso, es un testimonio de memoria cultural y sentimental, un rastro de los valores de una época. De sus élites de poder, de sus figuras artísticas o literarias, de las referencias que marcan el imaginario popular de una etapa concreta.

En España el canon clásico del epitafio periodístico lo establece César González-Ruano, quien en su «melancólica apetencia por el último tributo» alardeaba de habilidad de experto —«tozudo especialista en adioses»— y llegó a confesar su aspiración quimérica de «ser nombrado necrologista literario oficial». Sus necrológicas a lo largo de cuarenta años están recogidas en un amplio volumen editado por Mapfre bajo el cuidado de Miguel Pardeza Pichardo. Un verdadero catálogo de exequias literalmente variopintas donde es posible encontrar políticos, dramaturgos, futbolistas, militares, filósofos, poetas, bailaoras, pintores, artistas de circo, médicos, condesas. Incluso, en un guiño hamletiano, un artículo sobre la muerte en Ámsterdam de dos sepultureros durante un entierro.

Ruano, fiel a su estilo heterogéneo, no fija pautas ni prescribe métodos ni traza nada parecido a una preceptiva del género; sus glosas, habitualmente amables con el difunto, se mueven en un territorio intuitivo, ecléctico. Más tarde será Jaime Campmany quien al escribir el réquiem por el propio César (artículo galardonado con el premio Cavia) se definirá como su heredero, aunque es posible emparentar también con su legado a Max Aub (*Cuerpos presentes*) o a Juan Ignacio Luca de Tena con su canónico libro *Mis amigos muertos*, además de firmas ilustres más modernas como la de Manuel Alcántara, aclamado discípulo ruanista, Antonio Burgos o Andrés Trapiello.

Algunos medios, como *El País*, prefieren cultivar el arquetipo angloamericano de una nota más informativa o narrativa elaborada por especialistas,

modelo sistematizado en un estudio académico de Alejandro de la Fuente Escribano, profesor de la Universidad Rey Juan Carlos. Pero en general, salvo en *ABC* y cierta prensa local o regional donde con frecuencia aparecen reseñas biográficas de cercanía vinculadas a su amplia paginación dedicada a las esquelas, la obituarial española discurre por cauces esencialmente literarios y centrados en la desaparición —el «desnacer», lo llamaba Ruano— de figuras reconocibles y reconocidas, con amplia notoriedad por su liderazgo social, su popularidad o su preminencia en cualquier ámbito.

A este último marco corresponden los textos recogidos en este libro, compuesto en su totalidad de artículos publicados en *ABC* a lo largo del actual siglo. Se trata en la mayoría de los casos de columnas o tribunas de la sección de Opinión, desvinculados del entorno informativo o valorativo de los individuos desaparecidos. No hay en ellos apenas, por tanto, muchos datos biográficos precisos; son impresiones personales a modo de ensayo urgente, pinceladas sentimentales, culturales, políticas o históricas trazadas en tono subjetivo.

El autor ha huido con carácter general de la primera persona, implícita ya en el propio género articulístico, salvo en unas pocas ocasiones en que el difunto era un amigo y el obituario cambia necesariamente de registro para convertirse en homenaje emocional, a modo de epitafio íntimo. En esta compilación aparecen algunas personas queridas por el periodista, incluso muy cercanas, cuya muerte prematura o inesperada hace imposible escribir sobre ellas desde la distancia que el oficio impone como habitual perspectiva necesaria. En esta clase de circunstancias amargas, es mejor no ocultar que las palabras han nacido del desconsuelo, la rabia, el abatimiento o las lágrimas.

Todas las piezas, absolutamente todas, están escritas *a posteriori*, aun por pocas horas, del fallecimiento del protagonista. Incluso en las ocasiones en que el periódico las requirió por adelantado— las de Adolfo Suárez, Juan Pablo II o Manuel Alcántara, entre otras—, el escritor esperó la defunción por ser incapaz de ponerse en situación de hacer una necrológica en vida. No por superstición sino porque le parecía algo forzado, un ejercicio de cierta impostura profesional que resta autenticidad a la despedida.

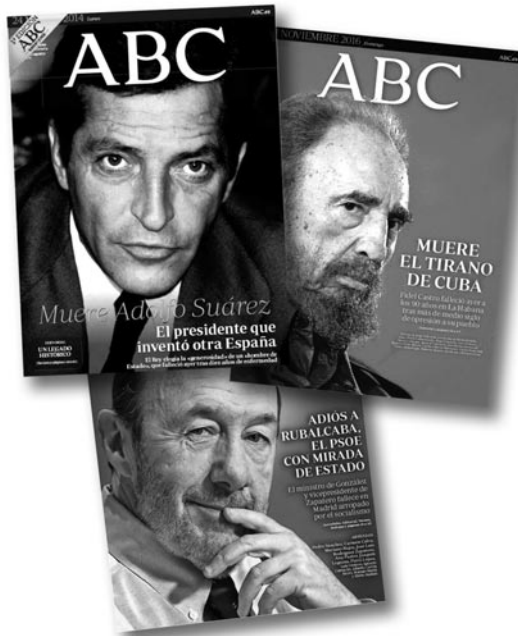
La autoantología está dividida en cuatro bloques. El epígrafe de «El poder y la gloria» comprende textos sobre líderes políticos, sociales o espirituales. El

titulado «El ser y la nada» se refiere a escritores y pensadores. «Polvo de estrellas» recoge la desaparición de figuras del espectáculo y el deporte; y, finalmente, «Las hojas muertas» incluye a periodistas y comunicadores. Solo en este último apartado los personajes retratados son todos españoles. Cada texto lleva su fecha de publicación al pie, pero el orden dispositivo no es cronológico ni alfabético; sigue exclusivamente el capricho del autor como único método, dejando el índice nominal para que el lector se guíe por su propia preferencia o criterio.

El tono dominante de estas necrológicas es ponderativo, pero intenta no resultar apologético. De hecho, la propia selección de personajes se basa en la naturaleza especial, literalmente extraordinaria, de sus obras, hechos, características o cualidades, aquello que durante su paso por este mundo los convirtió en sujetos relevantes. No faltan visiones críticas de ciertos perfiles, en particular de políticos o gobernantes, que dejaron en la tierra una herencia moral reprochable o cuyas singladuras vitales recibieron una condena más o menos unánime. Tratándose de artículos de elección libre y propia, sin más imperativo que el de la actualidad, el autor es partidario de omitir juicios antipáticos sobre los muertos —salvo que el análisis desapasionado de sus trayectorias no deje otro remedio— y centrarse en modelos éticos o estéticos sin renunciar a poner de manifiesto sus errores, culpas o defectos. Respecto a los malos, los mediocres, los necios, los intrascendentes, los ineptos o los siempre abundantes sinvergüenzas de medio pelo, resulta preferible dejarlos dormir el sueño eterno cubiertos con la lápida de un discreto, prudente, benévolo silencio. Y siempre teniendo en cuenta que a menudo los veredictos circunstanciales los modifica o los revoca el tiempo. Al fin y al cabo, un obituario no es más que un modesto bosquejo de posteridad, como los antiguos daguerrotipos en sepia o blanco y negro que aún pueden verse en ciertos panteones de los cementerios, depositado sobre una tumba de papel a sabiendas de que acaso también, como dejó escrito Alberti, acabe barrido por la lluvia y el viento.

IGNACIO CAMACHO

El poder y la gloria



El gigante en la niebla

El rasgo esencial de su biografía política fue la audacia.

Una determinación casi temeraria
para las decisiones de riesgo

LA PALABRA CLAVE ES AUDACIA. Toda la biografía política de Adolfo Suárez, y sobre todo la epopeya cenital de la refundación democrática en poco más de dos años vertiginosos, se levantó sobre un impulso de bizarría y arrojo que fue —incluso para dimitir en medio de un cerco de intrigas— la traza principal de su carácter. Apoyado en su seductor carisma personal, en su devastadora empatía, Suárez cimentó su liderazgo en la capacidad de sorpresa y en una determinación casi temeraria para tomar decisiones de riesgo con energía, atrevimiento y coraje.

Ese factor de resuelta, desacomplejada intrepidez resume la mejor de sus cualidades, la que le sirvió para llevar a cabo en circunstancias megacríticas una misión de extrema delicadeza. Fue siempre su rasgo esencial, el que le permitió salir de complejos laberintos y encontrar bajo presión soluciones de emergencia. Su formación y su equipaje intelectual eran livianos, pero su brío moral, su empuje, su valor incluso físico en condiciones extremas, le otorgaba un plus de enorme importancia cuando a su alrededor a todo el mundo le temblaban las piernas. No fue, en una época de grandes políticos, el más brillante ni el de mejor currículum, el mejor orador ni el de mayor empaque. Quizá ni siquiera el más inteligente. Pero resultó el más valiente, el más versátil, el más

decidido, el más capaz. Y desde luego el más generoso. El hombre oportuno en el momento necesario.

El artífice de la Transición no era un político de convicciones firmes, ni siquiera de grandes proyectos estratégicos. Religiosidad al margen, su ideología civil era muy flaca: durante la dictadura fue falangista por arribismo pero nunca dejó de coquetear con el Opus Dei. Tenía desde joven una ambición transparente de llegar alto sin permitir que le estorbasen adscripciones dogmáticas, y ese dúctil pragmatismo resultó crucial en la tarea de desmontar la estructura franquista mediante un programa de pactos y concesiones mutuas. Quizá por eso el rey vio en él al hombre adecuado: estaba decidido a triunfar y no tenía hipotecas de sectarismo ideológico.

Suárez conoció a don Juan Carlos a finales de los sesenta, siendo gobernador civil de Segovia. Simpatizaron rápido. El entonces príncipe vio en él a un joven dirigente bien dispuesto a tomar posiciones en el inminente posfranquismo, que había ganado popularidad apartando escombros con sus propias manos en la tragedia de Los Ángeles de San Rafael. Aquel desplome dramático pudo haber sepultado su carrera —había firmado las licencias de la obra mortal—pero se las apañó para que en vez de eso la proyectara. Nombrado poco después director de Televisión Española, se consagró durante tres años a consolidar la figura del heredero contra las presiones de ciertos sectores tardofranquistas, y a la sombra del jerarca falangista Fernando Herrero Tejedor fue ascendiendo en la nomenclatura oficial. La muerte inesperada de Herrero en accidente amenazó con dejarlo políticamente huérfano pero supo recomponerse y muñir nuevas influencias para no descolgarse en la recomposición interna de las fuerzas orgánicas.

No desperdició ninguna oportunidad: inscribió una asociación política —la UDPE— para apuntalar los intentos aperturistas del régimen y se situó en la cantera de cuadros de una eventual renovación del sistema. Su ambición era entonces la de ser ministro pero no lo logró hasta la muerte de Franco, cuando Arias Navarro lo incluyó en su gabinete por presiones de Torcuato Fernández Miranda. Se estaba perfilando una candidatura *ad maiorem*.

Fracasado el tétrico reformismo de Arias, el rey dio el paso clave. Los grandes nombres que se postulaban para reconducir la Transición, Fraga, Areilza y

Silva Muñoz, figuras consolidadas con un perfil propio, tenían demasiadas aristas y el monarca eligió a aquel joven prometedor que había conocido en Segovia y parecía dispuesto a cualquier cosa. Lo llamó una tarde de julio y Adolfo llegó en vuelo rasante a la Zarzuela. Su cara decía sí antes que su boca. Don Juan Carlos jugó fuerte. La arquitectura del proyecto la ponían él y Fernández Miranda; Suárez tenía que poner la audacia. Lo que más le sobraba. El rasgo primordial de su arriscada personalidad aventurera.

Su nombramiento como presidente del Gobierno fue recibido con una glacial decepción. Venía del Movimiento Nacional y parecía un paso el falso. La izquierda fue especialmente crítica: se temía una involución, un retroceso hacia las tinieblas. «El apagón Suárez», tituló la emblemática revista *Triunfo*. Pero el recién llegado encendió de golpe todas las luces. En algo más de dos años, desde julio de 1976 hasta diciembre del 78, derrochó osadía, imaginación, empuje y arrestos. Desplegó una imaginatividad frenética, llena de golpes de efecto que le granjearon fama de mago político, de elegante embaucador, de prestidigitador con una multitud de conejos en la chistera. Pudo prometer, prometió...y cumplió. Promulgó la amnistía general, hizo volver a los exilados, acometió la reforma política, se sobrepuso a los militares nostálgicos, convenció a los procuradores franquistas para autodisolverse, legalizó por sorpresa al Partido Comunista, trajo de Francia a Tarradellas, convocó elecciones, encabezó una coalición para ganarlas y dirigió un período constituyente en medio de una pavorosa crisis económica e inflacionaria.

Fue una travesía funámbula, con España colgada de un alambre sobre un precipicio. De la mano del rey condujo al país de la dictadura a una democracia constitucional plena, a un régimen de libertades, autonomías y clases medias emergentes. Lo hizo sorteando presiones, abismos conspirativos, conatos violentos, oleadas terroristas y sombras de golpes de Estado. Convencido de que el éxito consistía ante todo en cerrar las heridas del siglo XX, se entendió sin complejos con la izquierda —más con Carrillo que con González—, con los sindicatos y con los nacionalistas, toreó al Ejército y durante cierto tiempo pastoreó a una derecha fraccionalista e insurgente que acabó derribándole. Sin planos definidos ni estrategia clara, a base de volantazos tácticos y equilibrios

precarios, con solo la idea prístina del objetivo final en la cabeza, organizó una obra maestra mediante deslumbrantes maniobras de improvisación y condujo a España a un improbable milagro: la reconciliación democrática, un acuerdo de concordia en el que los vencedores de la Guerra Civil se aliaron con los perdedores para instaurar un régimen bastante similar al que había antes de la contienda. Lo pudo hacer porque, además de coraje, poseía una formidable capacidad de entendimiento emocional, de diálogo. Su falta de apego a dogmatismos le permitía llegar a acuerdos transaccionales que eran imprescindibles para estabilizar una situación de fragilidad endemoniada.

Todo lo hizo a velocidad de vértigo, en un proceso sin pausa ni aliento. Sus verdaderas dificultades empezaron cuando se terminó la excepcionalidad. Cuando, construido el nuevo marco, tuvo que convertirse en un político normal que dirigía un país lleno de problemas. Acostumbrado a los desafíos inmediatos, a los saltos en el vacío, Suárez no estaba bien dotado para gobernar y su segundo mandato se convirtió en un descalzaperros. El PSOE gonzalista se impacientaba por llegar al poder y el centro-derecha hervía de intrigas internas. El sector militar contemplaba con alarma el modelo de descentralización autonómica, excitado por la incipiente deslealtad del nacionalismo, y recibía la durísima agresión terrorista. Cuando la audacia dejó de bastar, España se le fue de las manos y comenzó a quedarse sin apoyos, sumido en un desprestigio creciente que sus adversarios excitaron sin piedad: el célebre apodo de «tahúr del Mississipi» que le incrustó Alfonso Guerra.

Se convirtió en un líder menguante, aislado. Repudiado con ingratitud por la opinión pública, su distanciamiento del rey se hizo evidente y los suyos, los dirigentes de la UCD, conspiraron con González y Guerra para derribarlo del poder en una moción de censura urdida a sus espaldas. No les dio tiempo: se fue él solo en un último golpe de resolución tan contundente como desconsolada. Con un discurso televisado lleno de patetismo, desolación y amargura.

En realidad, el Suárez histórico acabó aquella noche de enero de 1981. Su epílogo fue la gallardía moral con que encajó la irrupción de Tejero en las Cortes, un gesto inmortal de soberbia apostura política. Luego vino un paréntesis de negocios más aparentes que rentables y un intento de resurrección al frente

del CDS, el partido centrista con el que trató de rescatar, bajo la sólida mayoría absoluta de González, el espíritu pactista de la UCD. Fue el paso del tiempo el que se encargó de engrandecer su figura, de provocar la rectificaci3n admirativa de sus adversarios —Guerra entre los primeros, todo sea dicho—, de reanudar sus lazos con la Corona y de consolidarlo como una referencia senatorial e inmarcesible de una etapa prodigiosa. Entonces le atac3 la enfermedad, la maldici3n que antes haba rondado a su familia con una intensidad trágica.

Poco a poco, el gigante se fue sumergiendo en la niebla del olvido. Asisti3 al fallecimiento por c3ncer de su mujer, Amparo, pero no logr3 percibir con claridad el de su adorada hija Mariam. Su memoria personal se disolvi3 al tiempo que se acrecentaba su dimensi3n en la memoria hist3rica. Dej3 de recordar, aunque no de sentir. Se convirti3 en un fantasma de s3 mismo que conservaba, agrietada por los a3os, la sonrisa que devastaba multitudes como un arma de convicci3n masiva. Aquella foto con el rey en el jard3n de su casa de la Florida, tomada en 2008 por su hijo Adolfo, fue el testamento simb3lico de una etapa cerrada. Una imagen de despedida, de tristeza envuelta en un halo de bell3sima ternura. Los dos hombres caminaban de espaldas hacia una posteridad presentida. Don Juan Carlos, con su brazo sobre el hombro de su antiguo amigo, envolva sus brumas con el testimonio de un viejo afecto. El del tiempo que les uni3 en la aventura m3s incierta, hermosa y fértil de la Espa3a moderna.

24-03-2014

Coraje y honor

Recordadlo así, erguido ante la humillación, recortado con
bizarra elegancia moral ante los demonios de la Historia

«¿Cuándo tendréis otro como él?».

WILLIAM SHAKESPEARE

Discurso fúnebre de Marco Antonio

MIRADLO AHÍ, en esa foto del 23-F, impávido frente a las metralletas, digno, gallardo, sereno, rebelde. Recortado con un perfil bizarro de elegancia moral ante los demonios de la Historia. Recordadlo así, erguido ante la humillación, desafiante, honorable, íntegro, decente. Ese gesto soberbio de pundonor y de hidalguía quedará como su más elocuente testamento, más allá de los discursos y de las proezas, de la seducción y del carisma, de la audacia política y de la nobleza de espíritu. Ese es el retrato definitivo, perenne, inmortal, de Adolfo Suárez González: un hombre recto, cabal, honesto y valiente, un patriota con el orgullo y la vergüenza incólumes plantado delante del oprobio, la traición y la infamia.

Olvidad, si queréis, todo lo demás. El tránsito vertiginoso desde la dictadura a la democracia, la intrépida resolución de situaciones límite, la osadía de funámbulo sobre una piscina de tiburones, los quiebros inverosímiles con que regateaba a la sombra del fracaso.

Olvidad la amnistía, la vuelta de los exilados, la legalización del PCE aquella noche de Sábado Santo. Olvidad la concordia, los pactos de Estado, la

reconciliación de unas Españas empantanadas en la memoria de la sangre. Olvidad la ansiedad, el desasosiego, la zozobra de la incierta aventura de la libertad. Pero quedáos para siempre con aquel momento de ignominia en que tabletearon las armas bajo la escayola de las Cortes y se volvió a abrir de golpe sobre España la caja de Pandora de su eterno desengaño. Aquel instante en que Suárez se negó a inclinarse bajo el peso inevitable de un destino maldito.

Porque al final, en este cernudiano país de caínes sempiternos, siempre acaba llegando un día y una hora en que salen a bailar los fantasmas del fanatismo, de la intolerancia y de la barbarie. Y aquel día y aquella hora que le tocaron vivir después de su extraordinaria peripecia personal y política, aislado por la deslealtad, la intriga y el sectarismo, zarandeado por la incomprensión y la soledad, Adolfo se resistió a claudicar y decidió retratarse en la orgullosa plenitud del decoro y la decencia. Y esa imagen de indeclinable liderazgo, de limpia compostura, le sobrevivirá siempre, por encima de la bruma de su propia memoria personal y por debajo de la pizarra húmeda y borrosa de nuestros recuerdos. Hubo muchos Suárez dentro de Suárez y no todos fueron excelentes porque fue un dirigente heterodoxo, versátil, transversal y poliédrico, situado por las circunstancias en el eje de una excepcional encrucijada histórica. Pero nada le proyectará mejor sobre la eternidad que ese exultante y nobilísimo relámpago de fuerza, de coraje y de honor en que encarnó, ya dimitido pero no derrotado, la dignidad de una España que quería ser, y lo fue, libre.

24-03-2014

Isabel II de Inglaterra

Humo y espejos

El liderazgo simbólico de la reina atravesó crisis y conflictos apoyado en el prestigio moral de un legado de siglos

A V.C., por su llanto patriótico

EMPEZÓ ENTRE LOS ESCOMBROS del imperio y acabó con el Brexit, la salida del marco europeo. La historia del reinado de Isabel II se mece en el eterno ritornelo británico entre la apertura y el aislamiento, un ballet político y social en la que ha ella ha sido el anclaje moral de su nación, un símbolo de apariencia inmune al tiempo en que sucedían dieciséis jefes de Gobierno. Ese es el valor esencial de la corona de San Eduardo más allá de la liturgia de humo y espejos, el «espectáculo teatral» (Walter Bagehot) de pompa, de blasón y de misterio con que la asolerada monarquía anglosajona cultiva la fascinación ritual del pueblo. Ese y la encarnación humana, personal, de la unidad y la estabilidad del reino, zarandeada periódicamente por la tensión nacionalista y el desafío de los referendos. Una vez, allá por 2007, la soberana plantó a la fotógrafa americana Annie Leibovitz por sugerirle que posara «informalmente» con el manto y el cetro. Los blandió con orgullo y le preguntó a la artista con un rictus de desprecio: «¿Usted qué se cree que es esto?». De carácter poco dotado para la emocionalidad, siempre consideró preferible inspirar respeto aunque fuese en detrimento de la empatía que exige a la realeza el paradigma moderno. Así ha

muerto, mayestática, digna, inadaptable, leal hasta el último momento al mandato de responsabilidad, decoro y entrega que recibió de Maria de Teck al fallecer Jorge VI.

Obligada por la Historia a atravesar gravísimas crisis nacionales y familiares, supo acudir al rescate de la reputación del país cuando la incompetencia de las élites sembraba la desconfianza. Logró sobreponerse a la liviandad irresponsable de sus vástagos, a la quiebra de la hegemonía diplomática, incluso al desgaste de imagen que le acarreó su hierática reacción al accidente mortal de la princesa Diana. A las contrariedades y los fracasos individuales y colectivos enfrentó la legitimidad de un liderazgo intangible asentado sobre el prestigio de una herencia de siglos: el de una autoridad sin poderes, neutral, discreta, garantía de cohesión y equilibrio, invulnerable al ruido y la furia de los conflictos políticos. Una estructura de fondo, blindada contra contingencias y cambios, establecida sobre la memoria del pasado como referencia simbólica de continuidad en el imaginario de los ciudadanos. Un legado dinástico fruto de un pacto voluntario de soberanía para preservar la consistencia del Estado, un valor de seguridad a salvo del relativismo contemporáneo. Nadie mejor que ella ha representado en los últimos setenta años la esencia del sistema monárquico parlamentario. El mito cívico de Gran Bretaña está hoy demediado, tan auto-destruido como el espíritu de resistencia y grandeza churchilliano. El mérito de The Queen, la reina eterna, consiste en haberlo sostenido a base de jerarquía y rango.

9-09-2022

Juan Pablo II

Camino de perfección

Pasará a la Historia como un líder gigantesco en un tiempo difícil, dotado de una conmovedora fuerza de compromiso

ACASO LA RAÍZ más profunda del descrédito de los líderes públicos actuales reside, sobre todo, en la falta de autenticidad, en un visible desajuste entre sus prácticas políticas y los ideales que dicen defender en las tribunas, en un pragmático alejamiento de los principios y las utopías que los convierte a los ojos de la gente en vulgares ventajistas o, todo lo más, en solventes profesionales de la dirigencia. *Sensu contrario*, cuando surge una figura dotada de la fuerza moral necesaria para asumir un explícito compromiso de integridad, concita de inmediato el respeto de las masas y se convierte en referencia popular de liderazgo.

Ese ha sido exactamente el caso de Juan Pablo II, sin duda el líder contemporáneo con mayor credibilidad moral y el ejemplo más preclaro de rectitud y de justicia del último cuarto de siglo. El perfil magnánimo y bondadoso del Papa muerto se agiganta en el imaginario colectivo sobre un pedestal de honestidad espiritual que él mismo labró a base de un formidable y casi sobrenatural esfuerzo de coherencia. Es cierto que todos los pontífices disponen de antemano de un plus de credibilidad, propio de su condición de líderes religiosos situados por encima de las limitaciones materiales o sectarias de la política,

pero el caso de Juan Pablo II es particularmente intenso porque convirtió toda su vida en un itinerario de perfección hacia los ideales de la paz, el amor y la bondad. Hermosos conceptos abstractos que han tomado cuerpo en el Santo Padre para mostrarse como referencias posibles y reales más allá del alcance evocador de las palabras.

No resulta en absoluto casual que el carisma de Karol Wojtyła germinase de una manera especialmente fecunda entre la juventud. Los jóvenes, que poseen un agudo sentido de la autenticidad, capaz de detectar cualquier fisura en la coherencia moral, identificaron en el Papa polaco un paradigma de integridad universal válido por encima de diferencias doctrinales o culturales, y han comprendido el enorme valor de su compromiso personal con el Bien. Ellos, tan sensibles a la hipocresía social y a la doblez frecuente en la escena pública, han sabido entender el inmenso ejemplo del Papa en la defensa de la justicia y su inequívoco empeño de responsabilidad en la construcción de un mundo ordenado conforme a los principios de la moral y de la fe.

Desde sus comienzos como obrero manual, enfangado en la dura realidad del trabajo, hasta esta larga y angustiosa agonía en el sentido unamuniano del término —del griego *agon*, lucha a brazo partido con el dolor y la muerte—, Juan Pablo ha sabido convertir su vida entera en un ejemplo. No ha habido uno solo de sus pasos que no haya estado presidido por la responsabilidad personal. Predicó contra las dictaduras y la opresión porque luchó contra el nazismo y el estalinismo. Trabajó con denuedo por la paz porque vivió la más atroz de las guerras. Intensificó la espiritualidad porque ha conocido un mundo pragmático. Persiguió la unidad de las iglesias y los credos porque supo en sus carnes de la amargura de la división. Y hasta cuando quiso poner énfasis en la validez de algún sacramento en declive no dudó un instante en reforzar su doctrina con el ejemplo, como cuando decidió bajar personalmente al confesonario del Vaticano para escuchar por sorpresa a unos penitentes que, años después, acaso no hayan salido aún de su asombrada perplejidad ante aquel gesto insólito de extraordinaria potencia simbólica.

Esta capacidad de compromiso le llevó, al final, a una durísima y penosa batalla contra el dolor que él quiso y supo transformar en un nuevo camino de perfección. En pleno debate universal sobre la eutanasia, el Papa ha peleado

contra su propio sufrimiento blandiendo la Cruz que simboliza la liberación por el sacrificio. Su fortaleza interior y su superdotada biología han hecho aún más duro este calvario personal, no siempre bien comprendido en un mundo acostumbrado a prescindir del dolor como instrumento de redención. Pero resulta difícil, incluso desde la más distante frialdad doctrinal, no conmoverse ante su desafío postrero, como de hecho se ha conmovido el mundo en estos días de agónica resistencia al destino universal de la muerte.

En la hora del adiós, el balance del papado de Juan Pablo II resulta de una devastadora superioridad moral. No solo porque contribuyó decisivamente, desde la palabra y la fe, al cambio político que marcó el final del siglo XX, sino porque su Pontificado ha transformado la estructura social de la Iglesia y la ha reforzado como el primer referente moral contemporáneo. Dotado de un especial carisma mediático ante las multitudes —y de una telegenia esencial en la sociedad de las telecomunicaciones—, aprovechó todos los recursos de la contemporaneidad para poner de manifiesto las claves de su mensaje. Un mensaje de bondad y dignidad que su propia trayectoria vital ha multiplicado y proyectado más allá de cualquier reticencia. Incluso los más críticos con algunos de sus empeños doctrinales —como la moral sexual y el impulso a los valores de la castidad— no pueden sino reconocer que por encima de sus diferencias el Papa ha sabido transmitir un espíritu de infinita misericordia que supera en el perdón cualquier debilidad de la condición humana.

La muerte es tiempo de inventarios, y no faltarán quienes encuentren sombras en un pontificado iluminado por la intensísima luz de la bondad. Pero Juan Pablo II pasará a la Historia como un Papa proactivo, incansable y tenaz, que obtuvo de la fe de Cristo una conmovedora fuerza para comprometerse en la lucha por lo mejor de nosotros mismos. Un Papa que nos ha enseñado a resistir el dolor, la adversidad, la guerra, la injusticia, la enfermedad, la duda, la debilidad y el sufrimiento. Un líder gigantesco de un tiempo confuso y difícil del que cabría parafrasear al Marco Antonio de Shakespeare ante el César muerto: «Este era un Papa; nunca tendréis otro como él».

3-04-2005

Benedicto XVI

El filósofo de la fe

La renuncia al Papado fue un acto de coherencia, un honesto, desesperado intento de abrir una catarsis en la Iglesia

CUENTAN LOS VATICANÓLOGOS, esos tipos que casi siempre se equivocan en sus muy razonados pronósticos sobre la elección de los Papas, que Joseph Ratzinger entró en el cónclave que había de proclamarlo cogido del brazo de otros dos cardenales: Martini, de Milán, y Bergoglio, de Buenos Aires. Jesuitas ambos. El detalle sugirió a algunos de los allí presentes que el albacea espiritual del recién fallecido Juan Pablo II estaba insinuando elípticamente a sus colegas el rumbo del futuro. Sea o no cierta la historia, hay en ella dos vaticinios que se acabaron cumpliendo. Uno, que el teólogo alemán, cuyo favoritismo para la sucesión era un hecho, se veía a sí mismo como un pontífice de transición, aunque entonces no estaba claro hacia dónde ni durante cuánto tiempo. El otro, que Bergoglio —Martini murió en 2012— fue llamado a ocupar la sede de San Pedro para conducir a la Iglesia por un nuevo derrotero.

Benedicto XVI —B16 en el apócope tuitero de Gistau— nunca dejó de ser durante su papado lo que había sido toda su vida: un filósofo de la fe, un intelectual dogmático, uno de los mayores eruditos del pensamiento cristiano contemporáneo. Un hombre de razón y de estudio al que las circunstancias situaron en

el trance de administrar el legado de un gigante mediático, una figura de popularidad descomunal que había generado a su alrededor la aureola casi mitológica de un santo. Quizá intuyó desde el primer momento que solo podía abordar esa misión alejándose de la estela de su antecesor mediante un cambio de estilo favorecido por su propio carácter introvertido. Más académico que pastor, ninguna de sus encíclicas alcanza la profundidad ortodoxa de los tres libros que, ya como Papa, dedicó a la figura de Jesucristo interpretándola desde la visión doctrinal del Dios vivo. Sin embargo, y pese a haber ejercido un fuerte poder en el entorno de Juan Pablo, entendió pronto que el gobierno eclesial requería un tacto político para cuyo ejercicio no estaba listo. Los escándalos de la pederastia, el de los Legionarios y el *Vatileaks* desbordaron su energía y lo precipitaron a una decisión dramática: la renuncia como único camino para promover una catarsis en una curia necesitada de una sacudida revolucionaria.

La elección de Francisco fue la consecuencia lógica del mensaje expiatorio implícito en aquella honesta confesión de impotencia. Un salto histórico de la racionalidad eurocéntrica a una sensibilidad populista, abierta, más parroquial que episcopal, más adaptada a la apertura ecuménica y a la emotividad gestual de las sociedades posmodernas. Benedicto volvió a ser Ratzinger, el pensador reflexivo refugiado en su biblioteca, en la música celestial de Mozart, en la oración íntima por el destino de la Iglesia. Su muerte escondía una última sorpresa: el reconocimiento universal de la coherencia que le llevó a marcharse sin hacer ruido al cerrar la puerta.

I-OI-2023

Julio Anguita

El carisma de la coherencia

Siendo un comunista dogmático, un doctrinario compacto,
supo ganarse un amplio respeto por su talante moral
consecuente y honrado

QUIZÁ NO QUEDE YA en España un político capaz de concitar el respeto moral de que disfrutaba Julio Anguita. El fundador de Izquierda Unida se había ganado un prestigio extendido mucho más allá de sus propias filas, y que más que aprecio por sus ideas era estima por su coherencia, por su dignidad, por su honradez personal y por su bonhomía. A diferencia del añorado Adolfo Suárez, no fue un hombre de posiciones moderadas o flexibles en las que pudiera reflejarse gran parte de la sociedad; era un convencido comunista, un ideólogo radical, aunque bastante más culto y leído que la mayoría, de un fundamentalismo perseverante asentado sobre una concepción compacta de la doctrina. Pero su dogmatismo incuestionable, orgulloso y a menudo iluminado por el halo de la utopía, reposaba sobre un fondo de humanidad capaz de suscitar corrientes transversales de empatía mucho más amplias que las de un simple líder partidista.

Su profesión de maestro de escuela le había dotado de una vocación por la pedagogía que convirtió en una referencia de estilo, en una forma de andar por la vida. Sentencioso, cortés, solemne, a veces engolado en su retórica actoral de ecos senequistas y su perfil altivo de califa, representaba para muchos españoles que no pensaban como él un paradigma de ética política: el de un líder, casi un gurú, reflexivo, formal, discreto, alejado de la siniestra pasión conspirativa, y aferrado a los principios que defendía con una integridad estricta. Fue

respetado porque sabía respetar y porque, profesando un credo de naturaleza extremista, nunca se rebajó al matonismo faltón o al sectarismo cainita.

Incluso caía mejor a los que no eran de su cuerda, porque los correligionarios tendían a sentirse dianas potenciales de su desdén o de su displicencia y sabían que detestaba a los progres por su aire de superioridad hueca y que cualquier desliz en la ortodoxia podía acarrearles un anatema. Tenía Anguita un cierto rasgo autoritario, una pulsión expeditiva que dejó patente durante su eficaz período en la alcaldía cordobesa y que le granjeaba la aprobación de mucha gente de derecha; entre la izquierda, en cambio, no acabó de gozar de total anuencia. Los comunistas porque no pueden vivir sin purgas ni conjuras internas, y los socialistas porque no soportaban su aire de legitimismo y pureza. Para la historia mezquina de los turbios noventa quedó aquel desahogo con que González, harto de la «pinza» que asfixiaba su época de decadencia, lo juntó con Aznar bajo el innoble dicitario de «la misma mierda».

En sus últimos años abrazó y apadrinó —siempre con cierta reticencia intelectual— a Podemos al reconocer en el discurso de Iglesias su vieja teoría de las dos orillas y del desafío global al sistema. Vio en el nuevo partido la reencarnación tardía del proyecto revolucionario y de ruptura en el que siempre había cifrado su estrategia y que había vuelto a rumiar en el desierto de una soledad de profeta. Sin embargo, ni siquiera el sueño del *sorpasso* al PSOE, de la reunificación comunista o del cuestionamiento a la macrosoberanía europea bastó para que abandonase del todo su distancia escéptica. Su apoyo, paternal y áulico, lo prestó desde fuera; la aventura del poder le pilló demasiado viejo y demasiado descreído para comprometer en ella los últimos estertores de su congruencia. Y Galapagar no era precisamente un ejemplo de su escuela.

Pero si por algo generaba el desaparecido dirigente un sentimiento carismático era por su honestidad de asceta laico y por su talante fieramente humano. Siendo como nunca dejó de ser un profundo doctrinario, de férreo pensamiento dogmático, la opinión pública reconoció en él a un hombre de convicciones impermeables a la venalidad, el agio, el desclasamiento o cualquier tentación contradictoria con su ideario. El arquetipo popular del político consecuente y honrado. Y, sobre todo, gustaba su tono educado, su habla pausada, su lenguaje didáctico,

su rechazo al griterío, a la exaltación de la emocionalidad y al escarnio, su alejamiento consciente y enérgico de la política-espectáculo. Anguita era, y en eso jamás necesitó imitar, la antípoda del actual modelo de liderazgo superficial y marketiniano que produce marionetas, maniqués, clones programados para la destrucción sistemática del adversario. Su modelo era el del debate —en ocasiones hasta la pesadez— de fundamentos programáticos, lo que le convirtió en una *rara avis* de la que se burlaban hasta sus partidarios. No buscaba seducir al votante con halagos —fueron famosos sus mítines en los que reprendía el conformismo del electorado— sino persuadirlo y hasta catequizarlo. En privado, su tendencia teologal a predicar no lo cerraba al diálogo: su autoconvencimiento era inmovible pero sabía admitir la autonomía de criterio como un límite sagrado.

Por eso hoy lo despiden con honor y afecto muchas personas que jamás le votaron —de hecho le votaban más bien pocas— pero le guardan consideración porque no se parecía a esta dirigencia de labia prestada y fondo hueco. Porque aunque no se estuviera de acuerdo con él inspiraba la confianza de un tipo serio. Porque tenía sentido del deber y de la responsabilidad y le importaba ser honesto. Porque esta dialéctica de perspectiva corta y cháchara sin crédito le producía una mezcla de pereza y desprecio. Porque repudiaba la mentira como instrumento y la liquidación del rival —él la sufrió— por cualquier método. Porque sabía entenderse con quien fuera en torno a un fin concreto. Porque sentía alergia por la trivialidad epidérmica de los tribunos posmodernos. Porque representaba, en fin, todo lo contrario de esta política sin talento, saturada de ruido y vacía de valores, establecida sobre un tacticismo miope y sin fundamentos.

Los arúspices del pragmatismo lo criticaron siempre por sus reiterados fracasos. Es significativo que sin haber triunfado nunca y habiendo coleccionado desengaños gozara de aureola intachable en una sociedad acostumbrada a valorar el éxito rápido. Pero con todos sus errores se lleva a la tumba un patrimonio moral bien ganado que trasciende en la memoria colectiva como su más honorable epitafio. Prefirió ser coherente y fiel a sí mismo a resultar simpático. Y llegará el tiempo de juzgar el legado de los oportunistas que han orientado su propia trayectoria en el sentido contrario.

17-05-2020

Nelson Mandela

Mandelitas de saldo

Ojo a las malversaciones oportunistas con su nombre, a las imposturas hiperbólicas de ciertos enanos morales

CUIDADITO CON LAS COMPARACIONES. Los enanos tienen derecho a soñar que son gigantes pero si se comparan con ellos jibarizan su estatura moral. Algunos políticos semianalfabetos tienden a llenarse la boca con frases de Churchill, otros insalvables mediocres se espejan en Kennedy y ciertos lidercillos resentidos tienen tendencia a considerarse herederos de Martin Luther King. Hay sedicentes revolucionarios de alpargata que se creen discípulos del Che Guevara. Últimamente hemos visto a empedernidos camorristas tribales declararse seguidores de Gandhi, y no ha faltado agitadorcillo de barraca dispuesto a elegir como referente de su sectarismo social al mismísimo Cristo. Hasta caricaturas de Moisés se han asomado a la cartelería electoral. Los mitos simbólicos tipo William Wallace tienen mucho predicamento en individuos montaraces, pero cuando estos se autorreferencian en apóstoles del progreso o la bondad, en personajes reales de dimensiones ciclópeas, cometen una apropiación indebida, una malversación histórica.

La muerte de Nelson Mandela, con su universal conmoción emotiva, proporciona a los aficionados a la impostura una golosa tentación hiperbólica. Ojo

a los mandelitas de andar por casa, a los manipuladores de casquería ideológica, a los delincuentes vulgares afanosos de engrandecerse con parangones de relumbrón. Tiéntense la ropa antes de ensuciar la memoria del coloso sudafricano porque para parecerse siquiera de lejos a su ejemplo no basta con estar encerrado en un penal. Eso solo te acerca al legado de Barrabás.

El ejemplo descomunal de Mandela, el rasgo que lo consolidó como un héroe moral del siglo XX, fue su capacidad de integración. El antiguo activista, que llegó a crear un grupo armado contra el régimen de violencia racista, lideró un formidable proceso de reconciliación nacional que llegó incluso a alejarle de sus correligionarios exaltados, los que preconizaban la sustitución de la dictadura blanca por otra de color inverso. El episodio del campeonato mundial de rugby representa la simbología de este pacto social que el presidente negro quiso escenificar en torno al deporte de los blancos, el más odiado por la comunidad oprimida de la negritud. Su grandeza y su triunfo fueron los de la igualdad y los levantó desde la elegancia y la sonrisa, desde una fortaleza nacida de la moderación, el perdón y la unidad. Sin resentimiento, sin ajustes de cuentas, sin persecuciones ni venganzas para las que la brutalidad sufrida le habría otorgado incluso una coartada.

Así que mucho cuidado con los excesos oportunistas y las imitaciones de atrezo, con las retóricas pedestres en beneficio de parte, con los saldos grandilocuentes y los redentorismos de rebajas. Antes de manchar el nombre de Mandela algunos charlatanes ventajistas deberían limpiarse la boca. Vaya que la tengan sucia de sangre.

8-12-2013

Fidel Castro

El comunismo disecado

Convirtió Cuba en una cárcel cuyos presos sufrían la tortura mental de ser declarados libres. Libres sin libertad

RESPETO: la muerte no se celebra, ni siquiera la de los tiranos. Deja que se alegren si acaso sus víctimas: los presos, los disidentes, los exiliados. Las familias de los inocentes que mandó ejecutar o encerrar, la gente misma de un pueblo enjaulado que hoy ni siquiera se atreverá a cuchichear su esperanza porque el régimen sigue vivo y el miedo no cesa de hacer su trabajo. Para los demás no hay nada que festejar. Primero porque nunca lo merece la desaparición de un ser humano. Y después porque Fidel ha muerto, como Franco, en el poder y en su cama, y eso no significa más que el testimonio de un fracaso.

El juicio histórico no lo absolverá, como predijo con su narcisista arrogancia de aventurero; hace tiempo que lo había condenado. El mundo giró su eje en otro ángulo y lo convirtió en una estatua ideológica, en una momia simbólica. Apenas habría sido más que el patético vestigio de una tragedia, la reliquia fósil de una distopía macabra, si no hubiese tomado como rehén a un país entero para someterlo al cruel experimento de una resistencia petrificada. Se empeñó en crionizar un comunismo póstumo mediante una impostura heroica; era su gente la que sufría —aislamiento, cárcel, miseria, delaciones: el manual dramático y

asfixiante de las dictaduras— aherrojada bajo la carga de una mitología despótica. La retórica irreductible de la victoria o la muerte fue el pretexto criminal que hizo de Cuba una prisión donde los reclusos eran —son todavía— sometidos a la tortura psicológica de ser declarados dignos y libres. Libres sin democracia, libres sin expresión, libres sin comida, libres sin movimiento, libres sin futuro. Libres sin libertad.

En esa mazmorra gigante y siniestra, Castro construyó un parque temático de su quimera vencida. Se enrocó en el tiempo como un galápago del Caribe, envuelto en la fantasmagoría de un patriarcado indomable. No era más que un sátrapa funesto y lúgubre, un ególatra iluminado, pero contaba con la complicidad moral de una izquierda agarrada con sentimiento de superioridad a la contumacia de sus errores. El sedicente progresismo le concedió impunidad y despenalizó su brutal yugo con el tratamiento frívolo de un icono estético. Desde hoy lo embalsamarán en camisetas reivindicativas, carteles y chapas solaperas para lucir en la próxima *performance* revolucionaria; esa épica del tiempo no vivido con que los tardocomunistas aderezan el bucle de su falsificada nostalgia.

Sin esa complicidad irresponsable, ajena al sufrimiento de una nación secuestrada, el mito castrista jamás habría cuajado más allá de su delirio otoñal, bananero, a contraviento de la Historia. La incógnita de este momento es la de cuánto durará el intento funerario de disecar políticamente su memoria. La sociedad abierta habrá fracasado mientras el sintagma «Cuba libre» siga siendo el nombre de una bebida que ni siquiera está de moda.

27-II-2016